

UN RELATO DESDE EL VATICANO

José Luis Corzo

He caminado demasiados años por el desierto, seguro del agua profunda que tenía que estar bajo la arena. La presentía en ciertos maestros de escuelas marginales, o cuando oía decir que la vocación educativa de un cristiano son los pobres (*especialmente*)..., como repite el estribillo escolapio, aunque cambie mucho la estrofa. Por eso abrimos la Casa-escuela Santiago Uno en Salamanca (1971) y por eso me estudié muchas veces aquella breve declaración del concilio Vaticano II sobre la educación (*Gravissimum educationis* 1965: **GE**) y aquel otro texto romano posterior, aún más explícito (*La escuela católica* 1977: **EC**). Ambos aseguran que *pobres, huérfanos y no creyentes* son los favoritos de cualquier escuela católica que se precie.

Pues bien, ahora, para celebrar las bodas de oro del concilio, me he empleado a fondo en una jornada madrileña entre las facultades de Educación y Teología de la Pontificia de Salamanca. Además, en el 71 de *Educación(NOS)*, ya os dije que *El Vaticano II aún enseña algo sobre educación*; y, por fin, he publicado en la revista *Vida Nueva* (7.11.2015) un largo artículo – *pliego lo llaman* – para *Repasar la lección del concilio* y poder releer la **GE** más fácilmente en una nueva traducción mía.

Lo que ya no tenía tan claro era si acudir o no a otra celebración, mundial, de la **GE** que organizaba la Congregación vaticana de Educación Católica: un magno congreso titulado “Educar hoy y mañana, una pasión que se renueva” (18-21 de nov.). Me daba miedo, porque el dichoso *dicasterio* – así llaman a los ministerios del Papa – era una parte bien árida de mi desierto postconciliar. De hecho (tras **EC** de Pablo VI), ha publicado 7 largos y arenosos documentos más: 5 bajo Juan Pablo II y otros 2 bajo Benedicto XVI; en ellos, los pobres, si salen, ¡de comparsa!

Al fin, me armé de mis mejores recuerdos juveniles (pues con 22 añitos estuve en la Plaza de san Pedro viendo clausurar el concilio) y volví a Roma. Fue un mal trago, pero con un postre delicioso inesperado.

Si la medicina se hubiera dedicado a elogiar la salud – como dice mi compañero Jesús Sastre – aún estaríamos en Hipócrates; pero avanza porque combate las enfermedades. Eso mismo debería hacer la Pedagogía, en vez de manosear tanto los ideales y la teoría, como hizo este congreso. Que si la identidad católica, que si el liderazgo de sus protagonistas, que si los problemas (ahora que se acaban frailes y monjas en los colegios), que si el futuro... y, sobre todo, lo que nunca falta: unos que dan y otros que reciben la supuesta educación, como si fuera un producto. ¡Ni siquiera hemos superado definitivamente con Paulo Freire la educación *bancaria*!

A ratos también fue una alegría casi ver algunos testimonios de auténtica educación de urgencia; y hasta oír al superior general de los escolapios citar en un par de ocasiones el menospreciado punto 9 de **GE** sobre *pobres, huérfanos y no creyentes*, que casi nadie cita. De hecho, tampoco nadie citó en todo el congreso el otro párrafo incendiario – el 58 – de **EC** que advierte sobre el contratestimonio que le supone a la Iglesia educar a una clase ya privilegiada, pues “la fortalece frente a la otra en un orden social ya bastante injusto”. Analizarlo hubiera merecido un congreso, en vez de asegurar una y otra vez que la católica es la educación integral, que ya suena a hueco.

Pero llegó el último día y el Papa en una audiencia multitudinaria escuchó algún testimonio – como el de un escolapio senegalés – y, sin papeles, respondió a tres preguntas: 1ª, ¿qué hace ser verdaderamente cristiana una institución? 2ª, ¿qué significa promover y vivir esa famosa “cultura del encuentro”? Y 3ª, ¿qué hacer los educadores para construir la paz en esta “tercera guerra mundial a trozos”?

Como quien no quiere la cosa, Francisco nos adelantó por la izquierda, también a mí y, desde luego, al Congreso entero, cuyos responsables ya pueden dimitir:

1º, una escuela será católica si aporta humanidad, pues esa es la convicción cristiana: que Dios asumió todo lo humano: “y no hagáis en clase proselitismo, nunca, nunca”, sino aportad valores humanos; la trascendencia es uno de ellos y toda cerrazón deja de ser humana (como el neo-positivismo que hoy domina la escuela).

2º, esta educación resulta elitista y selectiva, como una ventaja de los países y personas de cierto nivel o capacidad. En vez de acercar a los pueblos, los aleja, como a los ricos de los pobres y a una cultura de las otras. Una vergüenza; la educación pertenece a todos. Y se ha roto el lazo educativo entre familia, escuela y Estado. Es horrible. Hay que volver a empezar, porque hay mucha energía educativa fuera de la escuela formal (que huele a dinero), como en el deporte, la música, los barrios...

3º, dejad los lugares donde ya hay muchos educadores e id a los suburbios; o por lo menos, ¡dejad la mitad! Buscad allí a los pobres y necesitados; tienen algo que falta a los jóvenes de los barrios más ricos: experiencia de supervivencia, incluso de crueldad y hambre, de injusticia. Tienen la experiencia de una humanidad herida, como la del Crucificado. Pero no vayáis a ellos *por beneficencia*, a enseñar a leer, a dar de comer... ¡no! El desafío es que crezcan en humanidad e inteligencia, en valores y hábitos, para seguir adelante y darnos desde la periferia realidades que nosotros, en el centro, ignoramos. De ellos vendrán las nuevas ayudas, los nuevos valores, y las nuevas personas capaces de renovar el mundo. La mayor tentación de las guerras son los muros y nuestro mayor fracaso es educar “dentro de los muros”, en una cultura selectiva, segura, tras la muralla de un sector social muy acomodado que ya no avanza.

Nos deseó buen apetito, porque ya era la hora de comer del sábado 21 de noviembre, y me sorprendí aplaudiendo como un chaval entusiasta; o como aquel otro seminarista que fui en 1965, sobre la columnata de Bernini, viendo a Pablo VI despedir a más de 2000 obispos que se disponían a abrazar – y no condenar, como antes – al mundo moderno. Era otra época, ahora recuperada por Francisco con un plus; ya me había dado cuenta en julio de 2013, cuando le aplaudí yo solo en mi casa ante el televisor, al verle en Lampedusa. Ya no era abrazar la modernidad – que en 50 años no acaba de superar la exclusión – sino abrazar también, y más, la humanidad herida y pobre.

Así que me siento reconciliado con el desierto que guardaba su agua y, reconfortado tras la larga travesía, he vuelto a saborear el sencillo relato de Hanna Arendt cuando, muerto Juan XXIII, en un café romano le dijo una camarera: “pero señora ¿no se habían dado cuenta de que elegían para papa a un cristiano?”.